

**Ninguna derrota
será la última**
Ignacio Cort Cañizares

2024

València

 **NAUlibres**

© Ignacio Cort Cañizares

© Derechos de edición:

Nau Llibres - Edicions Culturals Valencianes, S.A.
Tel.: 96 360 33 36, Fax: 96 332 55 82.
C/ Periodista Badía, 10. 46010 Valencia
E-mail: nau@naullibres.com web: www.naullibres.com

Diseño de cubierta:

MacDiego

Fotografía de la solapa:

Marga Todoli

ISBN: 978-84-19755-17-9

Dep. Legal: V-27-2024

Imprime:

Podiprint

Nau Llibres apoya las leyes de propiedad intelectual que protegen a los creadores de contenido, fomentan la diversidad de ideas, estimulan la creatividad y favorecen el desarrollo de nuestra sociedad. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin autorización previa. De esta forma, usted está respaldando a los autores y permitiendo que Nau Llibres continúe publicando libros. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita utilizar algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



Dedicado a Marga,
compañera y cómplice,
con amor

Índice

Excusatio Non Petita.....	9
Capítulo I. Volver sin miedo a la batalla.....	11
Capítulo II. El mayordomo.....	25
Capítulo III. El orgullo engendra al tirano	39
Capítulo IV. El batallón Saklatava.....	55
Capítulo V. La patrulla del amanecer.....	69
Capítulo VI. La búsqueda	81
Capítulo VII. El piso franco.....	91
Capítulo VIII. Tiempos de escasez y de miseria	103
Capítulo IX. Las cruces de mayo	117
Capítulo X. Purchasing manager	127
Capítulo XI. El taxi de Atila.....	145
Capítulo XII. Ninguna derrota será la última.....	161
Capítulo XIII. La unión de muchachas de la escuela Lina Odena.....	175
Capítulo XIV. Mare dels bons valencians	189
Capítulo XV. Asalto al tren pagador.....	203
Capítulo XVI. La subida hacia la ermita.....	211

Capítulo XVII. La denuncia.....	221
Capítulo XVIII. La detención.....	233
Capítulo XIX. Bajo la advocación de la ideología falangista.....	245
Capítulo XX. Echarse al monte.....	259
Capítulo XXI. Cerro Moreno.....	269
Capítulo XXII. La memoria pérdida.....	279

Excusatio Non Petita

La Real Academia de la Lengua define ucronía como “Reconstrucción de la historia sobre datos hipotéticos”. Ampliando esta definición y aplicando el término a una novela como es ésta, que mi desconocido lector tiene entre sus manos, podría decirse que es una reconstrucción de la historia sobre hechos que pudieron ocurrir, aunque no acontecieron.

Ésta es mi hipótesis de cómo pudo ser la historia de los personajes ficticios de esta novela, por lo que se debe tomar como tal. Algunos de los lugares por donde transita la ficción se pueden encontrar en los planos y callejeros. Otros no. De las instituciones públicas o privadas y de los personajes históricos que existieron en los momentos y parajes donde transcurre la acción, el autor no tiene constancia de que vivieran las situaciones que aquí se narran ni dijeran las frases que ha puesto en sus bocas. Si alguna institución pública o privada, o si cualquier persona pudiera sentirse aludida, tengan la seguridad de que ha sido producto de un parecido involuntario.

— Capítulo I. —

Volver sin miedo a la batalla

El hipódromo Central de Moscú se fundó en septiembre de 1834, pero en el año 1948 quedaban pocos elementos de las antiguas instalaciones. Cerrado durante la Revolución, tras la Guerra Civil el recinto recuperó la gloria como lugar de culto en Moscú. En sus gradas se sentaron artistas tan reconocidos como Yanshin, Moskvín o Tarkhanov, e incluso alguno de ellos llegó a participar en las carreras, como Ivan Kozlovsky, en su *sulky* de trotones, o Izaak Babel. El autor de “*Konarmia*”, combatiente de la Caballería Roja durante la revolución, era un esforzado jinete, camarada de otros muchos caballistas y de criadores de caballos. También algunos héroes revolucionarios, como el piloto Mikhail Gromov, llegaban a las gradas con la estrella de héroe de la revolución prendida en el pecho. Los jinetes eran verdaderos ídolos, y los espectadores luchaban a brazo partido por conseguir un autógrafa de alguno de ellos.

Durante la Gran Guerra Patria, dada la cercanía del hipódromo a la ciudad, el ejército instaló allí una batería de cañones antiaéreos. Así permaneció hasta que, en el verano de 1944, varias decenas de miles de alemanes capturados fueron encerrados en el campo de atletismo anexo en espera de ser llevados a Moscú para rehabilitar y construir los edificios que su ejército había destruido durante el asedio a la ciudad.

Después de la guerra se reconstruyó el edificio. El nuevo hipódromo mantuvo algunas de las edificaciones y esculturas anteriores a la revolución y se incorporaron a las nuevas instalaciones los principales elementos de la arquitectura de aquellos tiempos. Todos los principios del gótico estalinista se proyectaban a través de columnas con capiteles y pórticos, bajorrelieves, medallones, frescos y vidrieras. Los artistas, a través del llamado clasicismo proletario, quisieron reflejar el trabajo, el ocio y el deporte de los ciudadanos de la Unión Soviética. Una de las edificaciones que se mantuvo alejada del estilo en boga fue la entrada al hipódromo, que tenía muchas características comunes con la Puerta de Brandenburgo en Berlín.

Roberto Elizondo Bowes había quedado con su interlocutor del PCUS al pie de la torre izquierda, en cuya veleta se había reproducido la imagen del trotón Oryol, un prestigioso símbolo de la cría de caballos rusos.

Eligieron ese punto de encuentro porque no era un lugar muy frecuentado por las autoridades y así podrían pasar desapercibidos. Los superiores de ambos conocían la amistad que les unía desde la guerra en España, incrementada cuando lucharon juntos en el Ejército Rojo, en la Ofensiva del Vístula-Óder y el posterior sitio de Breslau. Tanto los jefes de Alexei Dimitrevich Yaremenko, agregado a la secretaría de Mijail Súslov, como los de Roberto, enlace del PCE con las guerrillas que operaban en España, no verían con buenos ojos que esa amistad pudiera servir para que uno u otro filtrasen información restringida. Cada uno hablaba perfectamente el idioma del otro y habían llegado a un acuerdo implícito: cuando los encuentros ocurrieran dentro del protocolo político, cada uno hablaría en la lengua del otro. Aunque la excusa oficial es que así practicaban el idioma adquirido, la realidad era que de esta forma cuidaban mucho las palabras que pudieran contrariar

— Capítulo II. —

El mayordomo

Brígida se levantaba todos los días a las seis de la mañana, excepto aquellos en que el carbonero proveía de combustible para los menesteres de la casa. Esos días lo hacía una hora antes.

Desde que el marido y ella tuvieron que servir como domésticos para los señores de Salazar, se había habituado a la misma rutina de seis a diez de la mañana. Los dueños les habían acomodado en el semisótano del palacete que tenían en la calle del Mar, junto a la plaza de la Congregación, en una pequeña habitación y un anexo que hacía las veces de baño: pileta, polibán e inodoro en un reducido espacio de dos por dos. Se hallaban ambas dependencias junto a la carbonera de la finca.

Para Evaristo Orozco, su marido, las ocupaciones comenzaban a las siete. A esa hora se acercaba al puesto de periódicos de la Glorieta para comprar el Levante, el diario oficial del Movimiento. Luego se encaminaba al horno de la calle del Mar, esquina a la de Avellanas, al objeto de adquirir el pan de la jornada.

Don Eduardo Salazar, el señor de la casa, era persona de horario estricto. Se sentaba a las siete y media para desayunar un café con leche, tortas fritas con melaza, los días que se podía comprar miel en el mercado o de estraperlo, o en su ausencia con azúcar blanco, y algo de fiambre o quesos que se le servía en una bandeja.

Su mujer, doña Soledad, bajaba al comedor a eso de las ocho menos cuarto, recién arreglada, con la mantilla puesta y el misal en la mano. A las ocho acudía, acompañada de Brígida, a la misa de la parroquia de Santo Tomás Apóstol y San Felipe Neri para cumplir con su rito diario. Entre las obligaciones de la sirvienta estaba la de acompañarla, puesto que la señora, que sufría algunos achaques y mareos, no se atrevía a ir sola. Brígida se maliciaba que esa excusa la utilizaba para mortificarla, al saberla atea, dado que, cuando alguna tarde iba a la iglesia de la Compañía para hablar con su confesor, lo hacía sin necesidad de acompañamiento.

Terminada la misa, doña Soledad se quedaba rezando unas plegarias en la capilla del Santísimo, algunas veces acompañada del párroco don Fulgencio. La señora realizaba frecuentes donativos para las obras de caridad de la parroquia y era una de las feligresas más queridas.

Brígida esperaba en la puerta de la plaza. Aunque seguía la misa según la costumbre, arrodillándose cuando era menester y con un pañuelo haciendo las veces de mantilla; por lo que no pasaba era por adorar al Santísimo simulando rezar. Le costó meses que doña Soledad no le recriminara su actitud, camino de la compra diaria en la plaza de Nápoles y Sicilia, donde estaba ubicado el mercado del barrio.

Una veintena de casetas de madera color verde marchito exponían sus productos, principalmente vegetales. También paraban dos carnicerías, una casquería y un puesto de pescado, sobre todo de salazones. La señora elegía algo de verdura, fruta y carne para el guiso o el segundo plato. Las vendedoras, en su mayoría mujeres, le marcaban el peso dándole una nota con el precio. Doña Soledad pagaba indicando que más tarde la criada iría a recogerlo. Cuando Brígida le manifestó la posibilidad de ir ya con la compra a casa para evitarse un nuevo desplazamiento, la señora le indicó que “hasta ahí podíamos llegar. Parecerías una asistente cargada de bolsas y yo no tengo pinta de ser ningún militar, ni tan siquiera general”.

— Capítulo III. —

El orgullo engendra al tirano

Brígida siempre comentaba que el señorito Carlos era una persona desdichada a causa de todas las cosas que le habían ocurrido en los veintinueve años que tenía. Vivió toda la guerra apartado de los suyos, aunque luego se supo que fue para bien, dado que no sufrió persecución como el resto de la familia. Su hermano mayor desapareció perseguido con sentencia firme de muerte por el gobierno de la República y a buen seguro que estaba muerto, en alguna fosa común, o en mitad de un bosque de los Pirineos, aunque su madre estaba convencida de que algún día volvería a la casa paterna. Carlos resultó ser un falangista ortodoxo. Desde los veinte años, recién terminada la guerra, se unió al grupo de los llamados “hedillistas”, un grupo de falangistas que afirmaban que Franco y el Movimiento habían usurpado el nombre y los signos de la Falange, desacreditándolos totalmente en beneficio del dictador. En agosto del cuarenta y dos, tras una disputa contra los carlistas en presencia del general Valera, el falangista Juan José Domínguez Muñoz lanzó una granada de mano a las puertas de la Basílica de Nuestra

Señora de Begoña, hiriendo a más de sesenta personas. Todo comenzó cuando un grupo de falangistas, entre los que se encontraba Domínguez, gritaron frente a la Basílica “¡Viva el rey!”; “¡Abajo el socialismo de estado!” y “¡Muera Franco!”. El señorito Carlos estaba presente y, más tarde, aunque pensó que indultarían a su compañero cuando el propio Adolf Hitler le concedió la Orden del Águila Alemana, se desafectó del sistema franquista al saber que Domínguez murió frente a un pelotón de fusilamiento. El señorito Carlos creía a pies juntillas la leyenda urbana que propagaba el rumor de que el reo murió frente al pelotón cantando las primeras estrofas de *Cara al sol*.

A partir de ese día dejó de frecuentar el grupo antifranquista queriéndose convencer de que era por dejadez. En el fondo de su mente se sabía un rajado. Eso sí, como muestra de rebeldía, devolvió el carnet de la Falange al entonces Gobernador Civil y jefe Provincial del Movimiento, un camisa vieja que había pasado toda la guerra en los despachos de Salamanca. Cuando al señorito Carlos le preguntaban si había combatido junto a Franco, contestaba invariablemente que “Ojalá lo hubiera hecho; él estaba en retaguardia con los lameculos que ahora lo acompañan en buenos puestos y sueldos, y yo estaba en vanguardia, con compañeros cuyo premio, cuando no la muerte en la batalla ha sido el paredón”.

En el año cuarenta, vistiendo el uniforme de teniente de caballería, se presentó en la Facultad de Derecho al examen de las últimas asignaturas que le faltaban para licenciarse y, tras una breve prueba oral, consiguió el título. Licenciado del ejército en el cuarenta y cinco, se tomó un año sabático de veinte meses hasta que su padre, en enero de ese mismo año del cuarenta y nueve, le encontró acomodo en el departamento jurídico de la empresa creada dos años antes, Valenciana de Ferrocarriles (VAFESA), nacida de la fusión de los antiguos Talleres Edetania y Can Sagrera, una sociedad de ferrocarriles de Barcelona. Como accionista y miembro del Consejo de Administración de la empresa por su vinculación con Talleres Davis, don Eduardo consiguió para su hijo menor un puesto de poca relevancia, pero con un estimable sueldo.

Brígida también sabía que el señorito Carlos era un asiduo a la vida nocturna de la ciudad. Muchas mañanas, cuando estaba a punto de levantarse, oía cómo el hijo pequeño, con una cogorza de mediano ta-

El batallón Saklatava

Roberto Elizondo Bowes había vivido los primeros dieciocho años de su vida en Inglaterra, concretamente en Saint Helens, una ciudad en el condado de Merseyside, al este de Liverpool. Su padre, José Antonio Elizondo Zabala, era el tercer hijo de uno de los tantos emigrantes vascos que se desplazaron a Liverpool en el siglo XIX.

El abuelo de Roberto, emigrado a Inglaterra en 1881, pudo entrar a trabajar en los *shipchandlers* y armadores Arrotegui & Soberon, de Liverpool, recomendado por la naviera donde había trabajado en el puerto de Bilbao. José Antonio, que llegó a Inglaterra cuando apenas había cumplido seis meses, realizó los estudios primarios para terminar su preparación laboral en un pequeño instituto de estudios profesionales. A los dieciséis años pasó a trabajar como mecánico en la empresa St. Helens Crow Glass Company, en la vecina ciudad de Saint Helens. La empresa, dedicada a la fabricación de vidrio, era proveedora de los astilleros donde trabajaba el abuelo de Roberto, que, gracias a ciertas amistades logradas por razones del trabajo, pudo conseguirle un puesto en la fábrica.

A la edad de diez años Roberto observó de primera mano las revueltas sindicalistas donde participó su padre. El crac del 29 afectó a la economía de todo el país, pero más a la compañía de vidrio, que se había especializado en la fabricación de cristales para la pujante industria del automóvil, y la recesión de los mercados envió al paro a varios cientos de trabajadores de la empresa. Al igual que en las huelgas de diez años atrás, el inicio del paro general se produjo en el sector del transporte, especialmente en los ferrocarriles y las actividades marítimas. Estos sucesos infundieron en el joven unas ideas revolucionarias que fueron asentándose en el transcurso de los años, pasando a la acción sindical cuando se alistó a un sindicato marxista formado por trabajadores de la anterior Liga Nacional Corporativa, en oposición al Trades Union Congress tradicional.

Años después, en el verano de 1936, padre e hijo asistieron en el campus de la Universidad de Liverpool a una conferencia de los profesores de Cambridge Kim Philby y Anthony Blunt. Roberto acudía a las clases nocturnas de economía política en un centro respaldado por el Partido Comunista Británico a partir del cierre del *Central Labour College*. La conferencia de ambos profesores era en apoyo del *Batallón Saklatvala*, nombre oficial del Batallón Británico de las Brigadas Internacionales que combatían en favor de la República Española durante la guerra civil. Shapurji Saklatvala fue un diputado del ala izquierda del Partido Laborista Independiente y, más tarde, del Partido Comunista de Gran Bretaña, que ocupó su escaño en la Cámara de los Comunes dentro del grupo del Partido Laborista.

Roberto se alistó al batallón semanas después, y entró en combate en febrero de 1937 en la batalla del Jarama. Su bautismo de fuego lo pasó en la 2ª Compañía de Ametralladoras, donde se encontraron con la adversidad de que el mando les envió cintas de munición de un calibre 7,62 cuando la necesaria era de 8 milímetros. El enfrentamiento contra las fuerzas de Regulares con el único armamento de sus fusiles para defender la línea de la senda Galiana, en la que más tarde se conocería como la “Colina del suicidio”, costó la vida de unos doscientos brigadistas, la mitad de sus miembros. Roberto resultó herido en un muslo, por lo que lo evacuaron al hospital Clínico de San Carlos de Madrid.

La patrulla del amanecer

En lugar de ir directo a casa, Evaristo se dirigió al edificio de la Telefónica en la Plaza del Caudillo. Por el camino sopesó la conveniencia de llamar a Carlos antes de conversar con su padre. Ciertamente la entrevista la había ordenado don Eduardo, sin que nadie más tuviera conocimiento de ello, pero al final creyó más oportuno hablar primero con el hijo, ya que las exigencias del comisario involucraban más a éste que a su padre.

Cuando le explicó que había visitado a Lorenzo Arnau y los motivos de la conversación, Carlos montó en cólera, amenazándolo con todo tipo de represalias. El mayordomo no quiso explicarle por teléfono los resultados de la visita, porque era mejor comentarlo previamente cara a cara, antes de que su padre supiera lo que le había pedido el comisario. Por ello era preciso reunirse tan de inmediato, rogándole que se vieran antes de la comida. Al final consiguió quedar con él a las dos de la tarde en el bar Amorós de la calle En Llop.

— Pudiera ser que me siga un policía después de haber conversado con Arnau —comentó Evaristo— y no quisiera que supieran que me he

entrevistado inmediatamente contigo. Si cuando llegues al bar Amorós me ves en la puerta puedes acercarte, no me habrán seguido. Si me ves dentro sigue tu camino y nos vemos en casa.

Llegaría tarde para servir a los señores la comida, pero luego se excusaría por haberse retrasado de la mejor manera que supiera ante don Eduardo, pensó mientras cruzaba la plaza. Carlos llegó en taxi minutos antes de la hora fijada. Evaristo lo esperaba a la puerta del local. Ambos entraron y se sentaron en el interior en una mesa algo apartada.

Después de que el camarero les sirviera dos cervezas y unas papas, Evaristo le explicó los deseos del inspector. Antes, tuvo que exponerle la preocupación de su padre. Enfadado por la intromisión paterna, pero sobre todo por la pretensión del policía, Carlos elevó tanto el tono de voz mientras maldecía que todo el personal del bar volvió la mirada hacia ellos. Callaron unos momentos hasta que la curiosidad de los otros se fue disipando.

Ya más calmado, Carlos dijo que denunciaría al inspector ante sus superiores, pero Evaristo le advirtió que *el francés* obraba al dictado de sus jefes. El chico esgrimió como credenciales para que el policía le dejara en paz su participación en la guerra civil y la militancia en la Falange desde el inicio mismo de su implantación en Valencia.

Evaristo intentó hacerle comprender que el Régimen se había desembarazado de lo que unos cuantos desconsolados llamaban la Falange Auténtica. Sus representantes en las altas esferas se habían perdido, sobre todo a partir de las propuestas radicales de algunos de ellos para la reforma agraria, del intento de promover una mayor intervención del Estado en la economía o de formular una reforma tributaria al objeto de conseguir una distribución de la renta más equitativa. Esa facción “*joseantoniana*” había desaparecido de los cargos políticos de segundo, tercer y hasta décimo nivel. Lo que ellos afirmaban como “puros ideales falangistas” eran totalmente distintos a los arquetipos de la autarquía franquista, y lo serían mucho más en los años siguientes, en los que, estaba seguro a raíz de las últimas tensiones Este-Oeste, los países occidentales reconocerían el régimen por necesidades geoestratégicas frente al bloque comunista.

— Capítulo VI. —

La búsqueda

Santiago Dalmás había montado su nuevo despacho en un tercer piso de una finca en la calle de las Comedias, muy próxima al viejo edificio de la Universidad.

Con treinta y cinco años, había comenzado su carrera de abogado quizá demasiado tarde. Tras la sublevación militar del verano del treinta y seis, en la que cuando pudo se unió a la causa de los rebeldes, Santiago había servido, desde el treinta y siete en que tomó el despacho de Alférez Provisional de la Academia de Granada, en el 10º Tabor del Grupo de Regulares Indígenas de Melilla nº 2, hasta el año cuarenta y cinco. Ésa era la razón por la que Dalmás estaba recién colegiado, a pesar de sus treinta y cinco primaveras y un más que notable expediente académico.

Su padre y las amistades de antes de la guerra le habían conseguido un puesto de trabajo como abogado en el Sindicato Vertical de la Avenida del Oeste pero, queriéndose fabricar un futuro en el ejercicio libre de la profesión, por las tardes atendía a los clientes particulares en la casa familiar de la calle de Avellanas, hasta que los padres, a la vista

del trastorno doméstico que provocaban los cada vez más numerosos clientes, le adelantaron los primeros meses del alquiler y la compra de los muebles para que pudiera montar despacho propio.

Una de las visitas fijas, el último martes de cada mes, era la de doña Soledad Pérez-Collado, señora de Salazar. Llegaba al despacho a las cinco en punto de la tarde, acompañada de su hermana doña Isabel Pérez-Collado, Marquesa de Sanchidrián. La primera vez que se presentaron repitieron a la secretaria hasta tres veces nombres, apellidos, casamiento y título, para que las anunciara como es debido. Dalmás había contratado por horas a Angelines Ruiz, una joven de dieciocho años, hija de los porteros de la finca de sus padres, que se había sacado el diploma de mecanografía en la Academia Cots de la plaza de Mariano Benlliure hacía menos de un mes.

Doña Soledad seguía empeñada en agotar todos los recursos hasta encontrar a su hijo Juan. Al final de la guerra mandó a su marido a San Juan de les Fonts al objeto de saber la suerte que había tenido o, por lo menos, conocer el lugar donde descansaban sus restos. Don Eduardo se contentó con escribir una carta al Gobernador Civil de Gerona.

— Llevo siete años y pico sin tener noticias del paradero de mi hijo —lamentó doña Soledad—. Siete años de angustia, de un sin vivir.

Durante unos segundos, se hizo un silencio molesto en el que en el despacho sólo se oyeron los sollozos de la madre. La hermana y el abogado se sintieron tan incómodos que esperaron a que la señora continuase con su exposición. Dado que doña Soledad seguía gimoteando en silencio, intentando romperlo, aunque fuera con un inconveniente, Santiago Dalmás dijo una frase de la que se arrepintió antes de terminarla.

— Yo, de usted, me plantearía la posibilidad de no volver a ver a su hijo.

Ella redobló sus sollozos, por lo que el abogado trató de enmendar su error.

— Creo que debería ampliar el motivo de la búsqueda —continuó, intentando dejar atrás la frase dicha—. Si mandara buscar el lugar donde pudiera estar enterrado el cuerpo de su hijo, que Dios quiera que siga vivo, las fuerzas del orden empezarían indagando dónde se perdió su

— Capítulo VII. —

El piso franco

La Agrupación tenía un piso franco en la calle Río Miño, en el distrito de Ruzafa. Habitualmente, ocupaba la vivienda un matrimonio con tres hijos. El marido trabajaba en una empresa de radiadores en la calle sueca, y la mujer ayudaba a su padre en las labores agrícolas en un pequeño huerto que tenía más allá de la Fuente de San Luis. Los martes y jueves montaba un puesto de estraperlo en el portal de una casa en la Carretera de Malilla, con sus productos y los de otros pequeños agricultores, exponiéndose, si la denunciaba un vecino o la sorprendía un policía de incógnito, a la célebre “quincena”, quince días de cárcel por contrabando. Los tres hijos del matrimonio asistían a la escuela Balmes, cerca del mercado de Ruzafa.

La antigua casita, construida a finales del siglo anterior, constaba de la planta baja y un piso al que se accedía tras entrar por una pequeña puerta que daba a la calle, a través de una estrecha escalera bastante empinada para ganar metros al resto de la casa.

En la planta baja tenía su pequeño taller un mecánico dentista. En la entrada de la vivienda, separada del resto por una puerta cristalera, estaba ubicado el taller, con un pequeño mostrador. En la parte de atrás tenía la vivienda particular y, al fondo, un corral en el que, encerradas en un pequeño espacio cubierto de plancha metálica, con perchas para que las seis gallinas ponedoras y el gallo pudieran dormir, había habilitado un pequeño espacio al aire libre, de poco más de cuatro metros cuadrados, cercado por una malla gallinera.

El mecánico dentista aumentaba sus ingresos con la venta de los huevos de las seis aves y la reventa de algunas docenas más que conseguía de la inquilina del piso superior, que comerciaba con los pequeños agricultores vecinos del huerto de su padre. A causa de ello, no era extraño que en su taller entrara y saliera bastante personal, tanto con los arreglos de la dentadura como con alguna docena de huevos.

Los días que necesitaban el piso franco los guerrilleros de la AGLA, Amparo Miquel, haciéndose pasar por una clienta más, avisaba a Fulgencio Ruiz, el mecánico dentista, de que el día siguiente debería quedar, a una hora convenida, libre para ellos la casa del piso superior.

Fulgencio había pasado el inicio de la guerra en Madrid, trabajando para un dentista de la Puerta del Sol. A finales del 37, sin trabajo y con las penurias de una ciudad sitiada, había viajado a Valencia, a casa de su hermana Isabel, que tenía un puesto de trabajo en la Subsecretaría de Armamento de la calle Padre Rico. La hermana era una de las encargadas de coordinar la fabricación de armamento para la República, y desde el 38 la nombraron comisaria encargada de planificar la distribución del famoso “Naranjero”, una ametralladora que se distribuía desde la fábrica de Alberique.

A finales de febrero del 39 Isabel se exiló a Francia, dejándole a su hermano en propiedad la casa en la que ahora habitaba. A finales de mayo del “año de la victoria”, la policía fue en busca de Isabel y, al no encontrarla, arrestaron al hermano acusándolo, ante las autoridades de la República, de cómplice en la delación de personas de bien que habían sido apresados y muertos por los rojos durante los primeros años de la contienda. De poco sirvió que Fulgencio insistiera en que durante ese tiempo había vivido en Madrid; fue conducido a la cárcel de San Miguel de los Reyes, juzgado y condenado a quince años de prisión. La

— Capítulo VIII. —

Tiempos de escasez y de miseria

Carlos había pasado la noche en duermevela, preocupado por la reunión de esa mañana en la empresa. Los representantes sindicales la habían solicitado para abordar un tema tan importante como era el de los horarios de trabajo. Como asesor legal y responsable de las relaciones sindicales, había contactado con los peticionarios para redactar el orden del día.

Sin embargo, bajo este epígrafe generalista de los horarios de trabajo, la realidad era otra. Durante la redacción de los temas a tratar, se había comentado de pasada que había un exceso de horas extraordinarias, incluso en domingos. Los trabajadores se quejaban de que dichas horas no se abonaban, así como de que el horario normal sobrepasaba con creces las cuarenta y ocho horas semanales, que era el tiempo de la jornada legal, trabajando los seis días laborables de lunes a sábado.

La reunión prometía ser muy problemática porque durante las últimas semanas la dirección de la empresa había despedido a varios

trabajadores, precisamente los que más se habían significado por sus exigencias en cobrar las horas extraordinarias realizadas y aquellos que se habían negado a cumplirlas. Los representantes con los que había consensuado la redacción del orden del día le habían comentado que algunos de los trabajadores despedidos habían sido citados a declarar en la Jefatura Superior de Policía de la calle Samaniego sin que se supiera desde entonces nada de ellos.

Carlos sabía que muchos sospechaban de él porque días antes de los despidos había hecho demasiadas preguntas sobre los más descontentos. Durante varias semanas se había hecho con un grupo de soplones que, con la promesa de un aumento de categoría y bajo la amenaza de delatarlos como encubridores de los rojos, habían denunciado a los compañeros más revolucionarios. El que la comisión fuera sólo para tratar sobre los “horarios de trabajo” no era más que un eufemismo para negociar temas mucho más comprometidos.

A la reunión no iban a asistir los directivos de la empresa, ya que no querían comprometerse de inmediato con medidas más o menos arriesgadas para que Carlos pudiera alegar que debería consultar con la dirección antes de firmar cualquier pacto o incluso una ruptura. Esa falta de confianza de sus superiores le hacía sentirse abatido ante los trabajadores y sin adhesión por parte de sus directivos, por lo que, abrumado en demasía dada su poca experiencia en el terreno de las negociaciones, se durmió muy tarde, despertándose a las pocas horas cuando aún no había amanecido.

Durante el desayuno quiso charlar con su padre.

— A última hora de la mañana tengo una reunión con los trabajadores —con mucho esfuerzo de voluntad al final se atrevió a decirle— y me temo que me van a plantear una huelga.

— ¡Las huelgas están prohibidas, por el amor de Dios! Lo que tienes que decirles es que la policía arrestará a los cabecillas si la hacen.

— En realidad, no harán una huelga abiertamente, pero mis fuentes me han dicho que los mil trabajadores de la fábrica se declararán en actitud de brazos caídos. Y la policía no va a entrar en la factoría pegando golpes a los mil productores para que trabajen con la diligencia debida.

Las cruces de mayo

En algunas ocasiones, Evaristo huía de la ansiedad que le provocaba el trabajo iterativo en la casa de los Salazar acercándose a la Glorieta para deambular entre sus senderos o descansar en uno de los bancos. Con el buen tiempo, en ocasiones paseaba la cena a la luz de las antiguas farolas de gas, a las que habían añadido recientemente una luz eléctrica fluorescente que daba un cierto aire melancólico al jardín.

Por regla general pasaba el rato a solas, pero desde hacía unos meses había coincidido con un antiguo policía de la República, don Idelfonso Matías Trisante, con el que había trabajado en alguno de sus destinos. Don Idelfonso tendría bastantes más años que Evaristo, como mínimo quince primaveras, y paseaba su vejez por la Glorieta cuando se cansaba de que su hija, con la que vivía, yerno y cuatro nietos incluidos, le pedía estar al cuidado de los niños en su casa de la calle de Sorní.

Como es natural, al inicio de sus encuentros las conversaciones más habituales evocaban tiempos pasados. Procuraban eludir charlas sobre la actualidad del país. En la situación de aquella época, no era cuestión

de significarse por una u otra ideología política, incluso se suponía que lo más prudente era ocultar las preferencias sobre lecturas, películas o revistas. Se conocían muchos casos de delaciones a la policía por un comentario soltado al azar o una confidencia sobre las opiniones del estado de las cosas. Ambos conocían casos de personas que por esta causa habían sido denunciadas como desafectas al Régimen.

Andando los meses, comenzaron a comentar las diferencias entre el tiempo en que trabajaron como colegas y la época actual. De manera natural fueron exteriorizando reflexiones personales. Habitados a una mayor confianza por el trato reiterado, ambos fueron dibujando sus respectivos pensamientos, tanto en el terreno de los gustos literarios o ideológicos como en sus preferencias políticas. Don Idelfonso había votado alguna vez al Partido Radical de Lerroux, aunque en las del 36 se había escorado un poco hacia la izquierda votando a Unión Republicana. Evaristo le confesó que él siempre había dado su papeleta a don Manuel Azaña. A raíz de estas confidencias se preguntaron qué sería de los compañeros más significados en su compromiso con la República. Evaristo sabía de varios de ellos por su época como recluso, y don Idelfonso le comentó que tenía contacto con algunos de sus antiguos compañeros.

Aquella tarde se entretuvieron en contemplar la cruz de mayo que la falla de Sant Bult había colocado en el lado de la Glorieta recayente a la plaza de Tetuán. Don Idelfonso le preguntó si conocía el origen de esta costumbre, pero, antes de que contestara, se dispuso a explicarla.

— Dicen que esta tradición tiene su origen en la Edad Media, cuando Constantino I el Grande venció a los seguidores de Majencio para dirimir quién de los dos sería nombrado emperador. Apuntan que la madre de Constantino, Santa Elena, le pidió que pusiera al frente de su ejército una cruz en recuerdo de la muerte de Cristo. Tras la victoria y para conmemorar el apoyo divino, Santa Elena mandó una tropa expedicionaria a Jerusalén para hallar la Cruz de Cristo. Encontraron tres cruces ensangrentadas y, para saber cuál era la verdadera, colocaron sobre ellas a tres enfermos incurables. Cuando uno de ellos sanó milagrosamente, supieron que sobre la que estaba el sanado era la “vera cruz”. Así, para conmemorar la batalla, se inició la tradición de que, en el mes de mayo, se emplazaran en las ciudades esas cruces engalanadas de flores.

Purchasing manager

Ese lunes dos de mayo, Roberto Elizondo Bowes, alias Andrew Cedric Hemsley, *Purchasing Manager* de la empresa *Floris of London*, tomó desde la estación del Norte el tren de las 10 de la mañana camino de Utiel. En el hotel había dejado la dirección de la pensión Casa Marifina de esa localidad. Acostumbrado a los ferrocarriles ingleses, nada más comenzar el viaje se percató de que el tendido era tan deficiente que el tren no podía alcanzar una velocidad normal a causa de una infraestructura ferroviaria que no se había modernizado desde su instalación, a finales del siglo anterior. La subida desde la estación de Buñol hasta la de Siete Aguas fue de una lentitud exasperante. Al ser un tendido de vía única, en esa localidad tuvieron que esperar más de un cuarto de hora a que pasara el tren que venía en dirección opuesta, por lo que el convoy tardó bastante más de tres horas en llegar a su destino.

Antes de llegar a Chiva pasó el revisor solicitando los billetes. Cuando alcanzó la altura de Roberto, observando que era una persona bien trajeada, con un magnífico juego de maleta y cartera de cuero, sombrero elegante y una gabardina muy poco habitual entre el resto de

los pasajeros, le pidió la documentación. El empleado de ferrocarriles tomó entre sus manos el pasaporte de la Gran Bretaña, examinándolo cuidadosamente.

— Exactamente, ¿de dónde es usted? —preguntó—. Nunca he oído hablar del *United Kingdom*.

— Ustedes nos llaman ingleses, pero *United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland* significa Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, que lo constituyen Inglaterra, Escocia y Gales y la zona británica de Irlanda.

— Estaría bueno que en España tuviéramos un pasaporte donde tuvieran que figurar todas las regiones. Eso es lo que querían los rojos, dividirnos.

Roberto hizo una mueca aparentando asentimiento, y el revisor se fue mascullando contra los ingleses. Todo el personal del vagón se quedó observándolo. Él hizo lo propio. Las mujeres vestían faldas o vestidos largos, muy por debajo de la rodilla, casi todos negros, aliviados con grises o algún detalle en blanco, y el pelo recogido en forma de moño o tapado con pañuelos. Los hombres vestían con pantalones de baja calidad, algunos de pana, muchos de ellos con rodilleras de otro tejido para ocultar las roturas de la prenda original. La mayoría llevaba camisa sin cuello y gorra.

Por fin llegaron a Utiel. Dos años antes, el día en que el dictador había estrenado el tramo que unía esa localidad con Madrid, se había inaugurado la nueva estación, junto con una fonda acorde a la importancia del flamante nudo ferroviario, tal y como había dicho la propaganda. Cuando Roberto bajó del vagón se sonrió para sus adentros. Como en otras cosas típicas de este nuevo gobierno, ambos edificios aún estaban sin terminar y, a la vista del poco movimiento que comprobó, tardarían varios años en finalizarlos.

A la salida de la estación el único transporte que encontró fue una vieja calesa, pero, como le habían indicado la cercanía de la pensión, prefirió acercarse al centro por la calle de la Estación hasta llegar al cruce con la calle Doncellas. A los pocos metros giró a la derecha. En el primer edificio de la calle Bravo estaba la pensión de Casa Marifina. La señora Encarna le atendió en la planta baja.

— Capítulo XI. —

El taxi de Atila

A la salida de misa, doña Soledad no tomó el camino de todos los días hacia el mercado, sino que, acompañada como siempre por Brígida, marchó hasta la calle de la Paz para tomar un taxi rumbo a la Gran Vía de Fernando el Católico.

Días atrás había intentado convencer a su marido de que era necesario mantener una entrevista con el capitán Cristino Salamanca para reiniciar definitivamente la búsqueda de su hijo Juan, siempre que pudieran contar con la inestimable ayuda del general Camilo Alonso Vega. “Don Camilo va a visitar en pocas fechas los acuartelamientos de Valencia, y don Cristino podría preparar una entrevista”, le razonó la desconsolada madre. Don Eduardo se había opuesto tajantemente aduciendo que era una lamentable pérdida de tiempo después de las pesquisas que se habían realizado diez años atrás. “Si recién terminada la guerra, con el tema en caliente, no se pudo hacer nada, a estas alturas lo mejor que nos podría pasar es que el capitán Salamanca no se molestara en pedir semejante disparate”, le aseguró, poniendo punto final a la discusión.

Desobedeciendo el mandato del marido, consiguió acordar una entrevista con el capitán a través de su esposa, doña Teresa, a quien conocía por la pertenencia de ambas a la Asociación de Damas de San Vicente Ferrer y como socias del Altar del *Mocadoret*, en la calle de la Tapinería. Precisamente el lunes anterior, festividad del santo, ambas habían coincidido en la representación del Altar en la plaza Lope de Vega, y doña Soledad la había tanteado para tener una entrevista con su esposo.

Cuando llegaron a la esquina de la Gran Vía con la calle de Ángel Guimerá, mandó parar al taxi y ambas descendieron.

—Vamos al cuartel de Arrancapinos –comentó doña Soledad cogiéndola del brazo—. He quedado con un conocido para intentar averiguar qué ha sido de mi hijo mayor.

Brígida se paró en seco, haciendo que su acompañante casi se cayera en medio de la acera.

—Pero ¿qué te pasa, mujer?

—Usted sabe que no puedo entrar en un cuartel de la Guardia Civil, y mucho menos en éste.

—¿Y por qué?

—Doña Soledad, a veces parece que usted vive en otro mundo. Al terminar la guerra estuve detenida, por lo que tengo antecedentes penales. Al entrar en el cuartel nos pedirán algún tipo de documentación y, más pronto que tarde, sabrán que usted ha permitido la entrada de una persona contraria al Régimen, con lo que eso puede perjudicarla.

—Pero ¡chica!, vengo a ver al capitán Salamanca porque tengo concertada una visita y no nos van a pedir ni la documentación ni nada, seguro.

Brígida siguió plantada sobre la acera. Sabía que a lo mejor la señora tenía razón, que por sus relaciones las dejarían entrar a las dos, pero en el fondo de su corazón sentía un total rechazo por ese lugar. Muchos de sus amigos habían pasado por el cuartel para tomarles declaración, una manera eufemística de llamar a los interrogatorios eternos, los aislamientos de varios días, en las mejores de las ocasiones a pan y agua, las torturas físicas y psicológicas. Todo ello para delatar a compañeros, aunque fueran mentiras con que justificar la detención, juicio y fusila-

— Capítulo XII. —

Ninguna derrota será la última

Florián Ibañez Vidosa, alias Cubano, sería el encargado de planificar la estrategia y la consecución de los suministros necesarios para el asalto al tren pagador, según le informó el jefe del Sector 5º a Roberto. Una vez hechas las presentaciones en el punto de reunión que previamente habían acordado con el veterinario, Cubano sacó de la mochila queso, un trozo de panceta y media hogaza de pan.

— Veo que ya has comido —Justino, el jefe del Sector 5º, señaló las sobras de la comida y la botella de vino vacía—. La próxima vez que quedes con nosotros o traes vino para todos o no lo traigas.

— En la finca donde entramos ayer únicamente pudimos agenciarnos un par de litros, pero con tantos como somos en la partida sólo nos tocó a un vaso por la noche —se quejó el compañero.

Roberto expuso a los otros dos los acuerdos que habían tomado en la reunión en Valencia de días atrás. Únicamente los temas que les concernían, ya que los asaltos a la estación eléctrica y al cuartel de Arran-

capinos aún no estaban decididos, a falta de que le presentaran el plan de acción, y caso de realizarse bien pudiera ser que no se contara con los guerrilleros del Sector 5°.

— Creo que el asalto al tren pagador sería una muy buena propaganda, además de que no nos vendría nada mal contar con esas 700.000 pesetas. Todos los trabajadores que se quedaran sin la paga serían una magnífica caja de difusión para que el pueblo sepa que la Guerrilla está más operativa que nunca.

— Pero les joderíamos el sueldo de un mes —expuso con enojo Cubano.

— Sólo será durante unos pocos días, una semana a lo sumo. La RENFE tendrá un seguro que pagará lo robado.

— Como nos dijisteis, hemos estudiado esa posibilidad sobre el terreno en la estación de Mira —terció Justino, queriendo cerrar la discusión—. Parece factible.

Sacó un mapa y lo extendió sobre el suelo, colocando cuatro piedras sobre los vértices para que no se volara.

— La noche anterior dormiremos en los montes que hay entre Talayuelas y Garaballa, muy cerca de aquí —señaló los dos pueblos en el mapa—. Al amanecer, uno de nosotros se apostará en la carretera que va desde Mira hasta la estación en un taxi de ocho plazas que la noche anterior Cubano habrá robado en algún municipio lejano. Piensa que hay seis kilómetros de distancia y ya tenemos elegido el lugar donde el conductor fingirá una avería, lo suficientemente lejos del edificio de la estación para que no se acerque desde él ningún curioso, pero correctamente situado para que pueda observarse el tren cinco minutos antes de su llegada. Desde el lugar elegido se divisa un pequeño valle por donde pasa la vía durante varios kilómetros. Otro de los nuestros me acompañará dentro del local para simular que somos unos viajeros camino de Cuenca. Yo me quedaré en la planta baja, y el compañero subirá con cualquier excusa hasta el primer piso. Nos hemos enterado de que siempre está vacío, pero no quiero sorpresas de última hora. Otros cuatro de la Guerrilla se mezclarán entre los obreros que esperan la paga. Los otros trabajadores no se extrañarán por su presencia porque vienen personas de pequeñas obras de mantenimiento de la vía desde distintos lugares. Dos estarán en medio del personal y otros dos

La unión de muchachas de la escuela Lina Odena

Aquel sábado, víspera de la festividad de la “Virgen de los Inocentes, Mártires y Desamparados”, como le gustaba recordar a quien quisiera escucharla, doña Soledad asistió a las 8 de la tarde, como era su costumbre, a la *Salve Solemnísima* en la basílica de la ciudad. Durante los últimos años, siempre había asistido a esta celebración para solicitar fervorosamente a la *Cheperudeta* su intercesión por Juan, el hijo desaparecido.

Aquel 1949, después de los últimos acontecimientos, a la súplica anual de encontrar con vida a su hijo, había añadido la coletilla de “y si le hubiese ocurrido una desgracia, al menos que se le encuentre para poder enterrarlo junto a sus familiares”. Ella misma se desconcertó cuando comprendió que había aceptado la posibilidad de que le hubiese ocurrido “una desgracia”, aunque su subconsciente se negaba en redondo a usar la palabra “muerte”.

Esa tarde, antes de asistir a la Salve, había visitado a unos parientes lejanos, los señores de Rodríguez Landa, en su casona de la calle de Caballeros. Maruchi Landa, su familiar y amiga desde tiempos en el colegio del Loreto, invitaba a los más selectos conocidos, entre los que se encontraba la familia Salazar Pérez-Collado, a presenciar desde sus balcones la procesión del día siguiente. Soledad tenía por costumbre llevar para el evento unas frivolidades dulces y otras saladas de la pastelería Lerma de la calle de la Paz y un capazo de pétalos de rosa encargados a la floristería *Estellés* de la calle Muñoz Degrain. Lo había hecho ayudada por Evaristo, que hizo las labores de mandadero y de chófer. A esa velada la acompañó su hijo Carlos.

— Me alegra mucho que me acompañes esta tarde —le había dicho a Carlos, camino de la casa de los Rodríguez Landa—. Seguramente también estará su hija Hortensia, que, como sabe todo el mundo que tenga dos dedos de frente, bebe los vientos por ti.

— ¡Pero mamá, no digas ridiculeces! Una viuda de guerra y con dos hijos pequeños no está pensando en esas cosas.

El hijo hizo un gesto de reprobación señalando el asiento del conductor en el que iba al volante Evaristo.

— Los hijos no son ya tan pequeños, la menor ya tiene doce años, los tiene casi criados y la mujer, que aún es muy joven, dos años menos que tú, tiene que pensar en su futuro —contestó la madre, con el mismo tono de voz y sin hacer caso a la recomendación de su hijo.

— Te pido, por favor, que no hagas de casamentera. A estas alturas sólo me faltaría encontrarme con una esposa y dos hijos ya crecidos.

— Pero me haría muy feliz eso de emparentar con mi mejor amiga. ¡Y no te digo lo feliz que sería Maruchi!

— ¿Tú quieres que me case o ser la consuegra de tu amiga?

— Pues, ya que lo dices, mitad y mitad. Pero, bromas aparte, Hortensia es una chica joven, treinta y un años, guapa, gentil y, por si no te acuerdas —le hizo un guiño—, su padre tiene una considerable fortuna, con muchos intereses comunes con tu padre. Además, ¡es hija única!

— No sé si me estás hablando de la posibilidad de contraer matrimonio o de hacer una concentración capitalista.

— Capítulo XIV. —

Mare dels bons valencians

Radio Valencia retransmitiría en directo la misa pontifical en honor a la Virgen de los Desamparados, y Lanski, como siempre el primero en llegar a la calle de Río Miño, encendió la radio para saber cuándo terminaría. La reunión debería concluir a la vez que la ceremonia porque el personal volvería a sus casas y la policía estaría atenta a que no ocurriera ninguna manifestación en la vuelta a los hogares.

Al rato llegó Teo, con su sempiterno brandy, y poco después Roberto. Más tarde, y respetando la diferencia en el tiempo entre la llegada de uno y otro, se sumaron a la reunión el Menda, Gervasio, Amparo y el Feo.

El locutor comenzó la retransmisión en directo cuando el arzobispo, vestido con una capa magna, hizo su ingreso al templo, “tan lleno de fieles devotos que una muchedumbre ha tenido que seguir la misa desde el exterior de la catedral”.

— Deberías apagar ese trasto –se quejó Gervasio–. Estaría bueno que en una reunión de gente de izquierdas tuviéramos que aguantar a estos meones de agua bendita.

— La he puesto para saber cuándo termina. Me he enterado por mi mujer, que es amiga de la de un policía nacional, que han dado un chivatazo de que los de VAFESA quieren hacer una manifestación contra los despidos aprovechando el tumulto de la salida de la misa, y su marido no ha tenido el descanso del fin de semana porque han quitado todos los permisos a los de la pasma.

— Pues bájalo –intervino Roberto para terminar la discusión.

Mientras Teo servía el café y el brandy, el enlace entre el Comité Central y la Guerrilla fue desgranando los puntos más importantes de la reunión.

— En primer lugar –se dirigió al Menda–, debes contactar con Justino Ojeda para que te informe de los horarios del tren pagador. He hablado con los compañeros del Sector 5º y tienen un plan del asalto con muchas probabilidades de éxito.

— Mi amigo no quiere muchas, sino todas las probabilidades de éxito.

— Siempre hay que prever un pequeño porcentaje de inconvenientes de última hora, variables con las que no se cuenta, aunque los compañeros también tienen la suficiente experiencia como para poder salir bien parados –recordó las palabras del jefe del Sector 5º –; son aguerridos pero prudentes.

— Antes de tres días hablaré con Justino Ojeda y me informará de las fechas, los horarios y paradas del tren. ¿Cuándo le digo que lo haremos?

— Los del Sector 5º preferirían planificarlo con el mayor tiempo de antelación posible. Creo que lo mejor sería hacerlo la primera semana de junio.

— El único inconveniente es que no saben las fechas, horarios y rutas de una semana hasta el viernes o el sábado de la semana anterior.

— ¿No son siempre las mismas?

— No, qué va –el Menda se había informado convenientemente y quería demostrarlo–. Según las obras que se hacen en los tendidos fe-

Asalto al tren pagador

La vieja locomotora subía exhausta la cuesta del Cerro, varios kilómetros antes de la estación de Mira. Agripino García Estebaranz y José Peleguero Sánchez, cabo y número de la Guardia Civil, llevaban el día torcido desde buena mañana, cuando les habían cambiado el servicio de guardia para subirse a aquel maldito tren.

A las siete de la mañana, desde la estación de Requena, se comunicó a la dirección de la RENFE que la noche anterior había quedado inservible en la estación de Aranjuez el convoy que llevaba el coche pagador que tenía previsto hacer su recorrido habitual desde Requena a Cuenca ese viernes tres de junio. Como fuera que en la estación del Norte de Valencia estaba estacionado otro coche de esas características, se ordenó por la superioridad que se le incorporase al tren de mercancías número 6.163, con seis unidades, que debía salir a las siete y media de la mañana camino de Cuenca. Agripino y José, que tenían adscrito ese día labores de vigilancia en la estación valenciana, recibieron la orden de subirse al convoy para lograr llevar a buen fin el pago de los salarios de las distintas brigadas de trabajadores ferroviarios y otras empresas,

sobre todo mineras y de construcción de obras públicas, de la zona. Los dos guardias civiles mentaron a todo el árbol genealógico del cabo furiel cuando, quejándose porque se iban a quedar sin permiso de fin de semana, tres días de sábado a lunes, cosa que no habían disfrutado durante más de dos meses, no quiso pasar ese servicio a compañeros que sí lo habían gozado. Salieron con una hora de retraso camino a Cuenca.

La primera parada estaba señalada en la estación de Mina. Allí esperaban medio centenar de trabajadores, que habían sido avisados del retraso, con el consiguiente enfado de todos ellos. Cobraban en la obra por horas, y la compañía de ferrocarriles no les iba a indemnizar esa hora perdida.

El fogonero tocó el silbato tres veces seguidas cuando alcanzó la parte alta de la cuesta, como si fuera una exclamación de alegría al haber podido superar aquel obstáculo. El cabo y el número comprobaron que los rifles estaban perfectamente cargados. A su vez, Panizo, el vigilante que la Guerrilla había apostado a un lado de la estación desde el que se podía ver el cerro, avisó a Justino de que el tren correo arribaría antes de cinco minutos. El jefe del Sector 5º había sido informado del retraso en la llegada, y el grupo se organizó rápidamente para demorar lo necesario todo el operativo.

La locomotora realizó la bajada hasta la estación a toda la velocidad que sus muchos años de funcionamiento le permitía. El coche pagador bailaba con estrépito a causa del traqueteo. El vagón estaba dividido en dos partes, separadas por un tabique de madera. A un lado estaba situado el pagador de RENFE con un pequeño mueble donde se había depositado la valija con el dinero. Poco antes de llegar a la estación se puso frente a la ventanilla, que habían practicado en el tabique, con las cantidades a pagar en esa parada. En el exterior de los sobres estaba escrito el nombre de cada trabajador y la cantidad del salario a percibir.

Al otro lado del tabique habían colocado dos bancos corridos donde se sentaba la pareja. Una estancia y otra se comunicaban a través de una puerta que se había montado en el tabique, que a la hora del pago estaba atrancada con doble cerrojo. Agripino pensaba que esa medida de seguridad era una necedad. Si alguien quisiera cruzarla con violencia, por narices debería haber inmovilizado previamente a los vigilantes, por lo que vendrían preparados para tirar la puerta abajo.

La subida hacia la ermita

Como todos los veranos, en el primer fin de semana de julio, Don Eduardo, su mujer y Brígida marcharon a Benicasim para pasar la temporada estival. Durante el sábado y el domingo, la señora vigilaba que un equipo de mujeres limpiara toda la casa, y una cuadrilla de hombres dejara en perfecto estado el entorno de Villa Lucrecia, la casa que mandó construir el empresario para rivalizar con los demás propietarios de las casas con mucho empaque en la playa de la Almadraba. El hotelito era una construcción colonial de dos plantas sobre rasante, semisótano, una torre que hacía las veces de mirador, un extenso jardín en la parte delantera y un pinar en la trasera. El lunes siguiente don Eduardo volvería a Valencia para pasar ese mes a solas con su hijo Carlos, atendidos por Evaristo.

Durante el mes de julio, padre e hijo seguirían cumpliendo con sus ocupaciones habituales, aunque, a partir del día de San Jaime, cuando comenzaba la Feria, estarían más atentos a las corridas de toros y a los espectáculos que se ofrecían en el pabellón del ayuntamiento en el paseo de la Alameda que a otra cosa.

Ese fin de semana, Carlos había marchado a Navajas, donde durmió en casa de unos amigos, para pasar dos días con su reciente novia Hortensia Rodríguez Landa, y don Eduardo pasaba los domingos con su mujer en Benicasim. Evaristo aprovechó que estaba solo en la casa, para poder entrevistarse con Roberto, su enlace con la Guerrilla desde que en mayo pasado había contactado con ellos, dado que hasta la fecha les había sido imposible citarse.

Roberto Elizondo había estado todo ese mes y parte del de junio realizando visitas al Sector 12º y preparando con el Sector 5º con gran meticulosidad el asalto al tren pagador que tan bien había salido. La oposición a abandonar la lucha armada había sido unánime en ambas agrupaciones, por lo que tuvo que entrevistarse repetidas veces con ellos. Al final todo había quedado en agua de borrajas, y el enlace estaba alargando su visita a España sin otro motivo que intentar convencer a los guerrilleros de que deberían planificar su salida del país a dos o tres años vista, y para coordinar los esfuerzos intentando llevar a buen puerto la destrucción de la central eléctrica de Torrente. El asalto al cuartel de Arrancapinos lo estaban demorando porque el plan de ataque no tenía la aprobación de Justino, conformidad totalmente necesaria dado que su equipo era el encargado de dar cobertura en la huida tras la realización de este.

La mañana del domingo fue la elegida para encontrarse en el lugar fijado por Roberto meses atrás. A las 9 de la mañana, Evaristo tomó camino hacia la estación del Pont de Fusta, donde compró un billete para Godella. Mientras aguardaba en el andén, observó a todas las personas que esperaban con él. Estaba convencido de que alguno de ellos pertenecía a la Guerrilla, con labores de seguimiento.

Siguiendo un plan preconcebido, no bajó en Godella, sino en la anterior parada de Burjasot-Godella. La separación entre esa estación y la de su destino era una recta de unos trescientos metros, por lo que podría observar con facilidad, cuando caminara junto a la vía, para cerciorarse de que no lo seguían.

Laski lo estaba esperando en el bar Central, junto a la estación de Godella, al inicio de la subida de la Ermita. Se extrañó de no verlo llegar a la hora convenida, por lo que salió junto al paso a nivel situado a la

— Capítulo XVII. —

La denuncia

Aquel primer lunes de julio, Santiago Dalmás llegó a su oficina en el Sindicato de Metalurgia poco antes de las 8 de la mañana. Tenía prisa por llegar antes de la hora habitual para preparar con calma la reunión que iba a mantener con los representantes sindicales de VAFESA y los gestores de la empresa.

Por regla general, la delegación de la patronal estaba reducida a una única persona, el abogado Carlos Sandoval, apoderado de la misma e hijo de uno de sus mayores accionistas.

Desde el inicio de las conversaciones, hacia finales de abril, la representación obrera había sufrido muchos cambios. El primero en abandonar fue Alejandro Toslada, uno de los miembros más reivindicativos de los enlaces sindicales. Con motivo del uno de mayo, el día anterior habían lanzado a la hora de entrada en la factoría octavillas celebrando el día, y durante un cuarto de hora hubo un paro total de la fabricación. Uno de los que más se significaron alentando a los compañeros a secundar el paro fue Toslada, por lo que la dirección de la empresa le dio

a elegir: despido sin una peseta de indemnización o sanción de 15 días de empleo y sueldo y pérdida de la antigüedad, con todos los beneficios económicos que tenía aparejados. Eligió lo segundo, a pesar de que los compañeros del PCE clandestino al que pertenecía le llamaron “pactista”, “gallina” y otras lindezas parecidas. La esposa le había amenazado con volver a Benagéber, el pueblo del que eran originarios, ella para ayudar a los familiares que aún quedaban allí en las tareas del campo, y él para trabajar en las obras en el embalse de la localidad, aunque las nuevas autoridades le habían cambiado el nombre por el de “Pantano del Generalísimo”. Ante esa perspectiva, Alejandro prefirió tomarse un descanso de 15 días para visitar a las familias en el pueblo, antes que una vida de la que habían huido mucho antes de la guerra.

En su lugar se había incorporado un tal Secundino Esteve, un mocetón de la provincia de Ávila del que las malas lenguas comentaban que había pertenecido al Ejército Rojo en la Guerra Civil, donde había sido hecho prisionero y llevado al campo de concentración de Albátera, cerca de Alicante. Comentaban que se salvó por los pelos de morir fusilado, aunque no se libró, según se decía, de ser maniatado a una palmera con alambre de espino y golpeado brutalmente por los falangistas. La enemistad entre Secundino y el apoderado de la empresa se palpaba desde el primer día, ya que Carlos presumía constantemente de su pasado como camisa vieja. Otra cosa era con el otro seguidor de José Antonio, Rafael Almunia Carrasco, falangista contrario al Régimen, cosa que no dudaba en proclamar. Entre Rafa y Secun, como le llamaban los compañeros, existía una relación de amor-odio cercana al masoquismo.

Lo que muy poca gente sabía es que los dos se habían incorporado a la UGT clandestina, cada uno por sus propias razones, aunque con algunos puntos de conexión. Rafael no dudaba en exponer a quien quisiera escucharlo que el país había sufrido dos revoluciones nefastas para la convivencia: con la llegada de la República, se impuso una dictadura proletaria que llevó a los compatriotas hacia el caos, la violencia y la búsqueda de unos objetivos utópicos; con la segunda, que estaban soportando esos días, la violencia desmedida de una dictadura en beneficio de los capitalistas que habían ayudado al golpe de estado del 36 y de los que habían corrido a ayudar al vencedor desde finales del 38. Secundino no estaba de acuerdo en absoluto con la primera premisa, que

— Capítulo XVIII. —

La detención

El Feo dejaba siempre aparcado el taxi cerca de su domicilio en el barrio de Ruzafa, en la calle de Pedro III el Grande. Vivía en una pensión situada en el número 46. Gervasio siempre le había dicho que era una extravagancia habitar en el mismo lugar donde años antes habían detenido a Manuel Moreno Mauricio, uno de los integrantes más cualificados del PCE en la clandestinidad. El Feo opinaba lo contrario; la policía pensaría lo mismo y nunca sospecharían que otro camarada pudiera caer en ese contrasentido.

Al caer la tarde, como todos los días, dejó el vehículo al compañero del turno de noche, con el que compartía las ganancias a medias, dado que era el dueño de la licencia; esa maldita cédula que recordaron tan bien doña Soledad y su hijo.

Cuando entró en el portal lo aguardaban dos policías de paisano. Estaban al final del zaguán, ocultos bajo la escalera de la finca y los caló enseguida, en cuanto pudo distinguirlos entre las sombras. Antes de llegar hasta ellos dio media vuelta para poder huir, pero otros cuatro,

éstos uniformados, le cerraron el paso. Lo tiraron el suelo, golpeándolo en las costillas y la cara hasta que quedó tendido sin capacidad de defensa. Uno de los de paisano lo cacheó, comprobando que no tenía ningún arma escondida. A continuación, lo trasladaron hasta un furgón a golpes con las culatas de los subfusiles. Los de la pasma sabían cómo sacudir haciendo daño, pero sin hacerle caer.

El furgón lo llevó por error a la comisaría de la calle de Sorní. Lo soltaron en una celda, incomunicado, hasta que lo reclamó Arnau desde la calle Samaniego. El enfado del inspector por el error en el transporte lo pagó el Feo. Cuando volvieron a por él y preguntó a qué se debía esa detención, el policía le dio un vergazo en la ceja, haciéndole sangrar como un boxeador en el último asalto de una pelea desigual.

Al llegar a la Jefatura Superior de Policía lo introdujeron en una sala espaciosa, con una mesa rectangular, varias sillas en una esquina, y una ducha en otra. Se quedaron vigilándolo dos brutos de más de metro ochenta, que le dieron dos hostias y le obligaron a que se sentara; no había razón alguna para los guantazos, pero al parecer estaban aburridos de no hacer nada durante la espera. Los policías lo vigilaban paseando junto a él y, cada dos por tres, le atizaban otro par de sopapos sin venir a cuento. Si eso era el recibimiento, el guerrillero supuso lo peor una vez que empezaran a preguntar. En la Guerrilla los habían entrenado para aguantar el interrogatorio, pero el Feo dudaba si podría soportar al menos un par de días. Sabía que, en el peor de los casos, si al final se viera obligado a delatar a algún compañero, lo debería hacer lo más tarde posible para darles tiempo a los camaradas a esconderse antes de la llegada de los policías.

A los pocos minutos de que lo encerraran llegó Arnau, acompañado de otro que se sentó en una de las sillas, alejándola de la mesa lo suficiente como para tener una visión panorámica del resto de la sala; un tipo que, por el trato recibido, debía de ser uno de los jefes de la policía. Más tarde, para su desgracia, el Feo supo que se trataba del gobernador. Era un tipo elegante, con gafas de culo de vaso, un traje gris claro de alpaca acorde con la estación y corbata más llamativa que las habituales de los jefazos falangistas. Se quedó callado todo el rato, aunque de vez en cuando, con un gesto de aprobación, alentaba a seguir el interrogatorio. En otras ocasiones ordenaba con un movimiento de

Bajo la advocación de la ideología falangista

Santiago Dalmás recibió la noticia a través de un bedel de la Delegación de Trabajo en la calle Conde Salvatierra. Debería presentarse de inmediato en el Instituto Social, un órgano recién creado para, según sus estatutos, regular autoritariamente las relaciones de producción, manteniendo una estrecha simbiosis con la organización sindical, bajo la advocación de la ideológica falangista. Marchó hacia la plaza de San Agustín y de allí, pasando por la calle de Játiva, tomó la de Colón para acercarse hasta el Instituto recién creado. Tardó poco más de veinte minutos, que pudo aprovechar para recapacitar sobre el motivo por el que le habían llamado con tanta urgencia.

Las negociaciones entre los trabajadores y la empresa de VAFESA sería, a buen seguro, el motivo de esa llamada. No tenía ningún otro caso que requiriera la atención de los dirigentes del Ministerio de Trabajo. “Regular autoritariamente”, esas dos palabras le maliciaron que los accionistas de la empresa habían instado al delegado provincial a

hacer cumplir de manera inmediata la vuelta al estado de cosas anterior a las reivindicaciones.

Al llegar a la esquina de Conde Salvatierra observó que venía desde el Parterre Carlos Salazar. Se saludaron con frialdad.

— Voy a la Delegación de Trabajo, que me han llamado con urgencia —comentó el recién llegado.

— Creo que vamos al mismo sitio —respondió Dalmás.

— Igual vamos a la misma reunión —apostilló Carlos, con una sonrisa.

— Sabes que nos han llamado a los dos para que intervenga el Instituto Social a instancias de una parte. Tus clientes tienen mucha influencia.

Caminaron en silencio hasta llegar al número 9. Tras conocer que también iba a asistir Carlos a la reunión, el abogado de sindicatos estaba convencido de que la autoridad laboral iba a dictar la desestimación de las reivindicaciones de los trabajadores.

Subieron en silencio hasta la segunda planta. Un bedel les informó de que tenían que esperar hasta que concluyera la reunión que estaba teniendo el director.

Carlos sacó un paquete de Chesterfield y le ofreció a Santiago un cigarrillo que éste rechazó.

— Debes asumir la derrota con más señorío —dijo—, parece mentira que no sepas reconocer que las peticiones de los trabajadores son imposibles de aceptar con la actual situación económica.

— Cuando significa que hay que pagar mejor a los empleados, vuestra empresa siempre se excusa en la situación económica. Pero me han dicho que es boyante, creo que VAFESA ha obtenido un 27 por ciento más de beneficios que el año anterior.

— El papel es muy sufrido. Una cosa es la contabilidad y otra muy distinta el dinero de caja y bancos. En estos momentos los saldos bancarios están en números rojos.

— Entonces deberéis pedir créditos a cuenta de lo que os corresponde por los pedidos ya entregados porque, si no tenéis liquidez, al menos

Echarse al monte

Roberto reunió con toda urgencia a los compañeros en la casa de Benicalap. La detención del Feo y de Saturnino los había puesto en una situación crítica y debían tomar medidas para minimizar el impacto que esa circunstancia tenía para su seguridad. Era una temeridad reunirse tan pronto y en aquel lugar, pero la situación era tan apremiante que valía la pena arriesgarse.

Gervasio fue el primero en hablar, una vez que Roberto informó de las detenciones.

— Esto es el principio del fin –comentó, encolerizado–. Hemos perdido un tiempo precioso sin querer atacar al enemigo donde más nos ha castigado, el cuartel de Arrancapinos, y ahora nos va a tocar huir con el rabo entre las piernas.

— No es momento de arrepentirse de lo que no se ha hecho, sino de planear lo que haremos desde ahora –respondió Roberto–. Tenemos que colocarnos a cubierto y avisar a todos los compañeros que pudiera delatar el Feo.

— Martín —Gervasio lo llamó por su nombre en lugar del mote— aguantará como un hombre; lo conozco. No nos delatará.

— Tú lo has dicho —añadió Laski—, lo hará como un hombre y todo ser humano tiene un límite de resistencia. Mantendrá el pico cerrado tres o cuatro días, pero al final, si no termina por la vía rápida como Saturnino, cantará. Lo menos que pueda, pero piará, y no sabemos si dirá de uno o de otro, de la localización de la Guerrilla o del piso de Ruzafa. Pero ten por seguro que, si a los matarifes de la policía no se les va la mano o él no puede terminar por la vía rápida, delatará a alguien.

— Tenemos que avisar a Justino para que estén preparados los de los montes de Cuenca y de Teruel, y que él se encargue de avisar a los del Sector 17º de la sierra de Gúdar —ordenó Roberto al Menda—. Gervasio irá a Castellón para avisar a los del Maestrazgo.

— Yo avisaré a Evaristo Orozco —se ofreció Laski—. Es una de las personas a las que el Feo, en un momento de debilidad, podría denunciar antes que, a otros, porque tiene muy poco conocimiento sobre nuestros planes e identidades.

— Me parece muy bien.

Roberto aceptó la sugerencia encargándole que fuera a buscarlo lo antes posible. Amparo y Teo permanecían en silencio. Al final, la muchacha preguntó lo que todos deseaban saber.

— ¿Qué haremos después? Creo que seguir con nuestra vida normal sería muy peligroso.

— En principio, Gervasio irá al Maestrazgo y de ahí pedirá que lo saquen a Francia, vía el Pirineo aragonés o por Cataluña —ordenó Roberto—. Cuando podamos nos reuniremos en Toulouse.

— Yo he venido aquí a luchar contra los fascistas, no para huir en cuanto surge un problema —contestó Gervasio—. No estoy dispuesto a renunciar al asalto a Arrancapinos. Ese cabrón de Salamanca me las tiene que pagar.

— Te lo has tomado como algo personal y eso no puede ser. Tenemos que pensar en el bien general.

— ¡Claro que me lo he tomado como algo personal! —exclamó Gervasio—. Ese asesino ha matado a mis amigos, los mejores en el campo de batalla, y a compañeros que lucharon por lo mismo que todos no-

— Capítulo XXI. —

Cerro Moreno

La noche del 6 de noviembre de 1949, las comandancias de Cuenca, Valencia y Teruel enviaron, cada una de ellas, a unos 200 guardias civiles a las inmediaciones de Cerro Moreno. Se unieron a esas fuerzas poco más de un centenar de hombres del Somatén Armado, entre los que se encontraba Carlos Salazar, al mando de una unidad compuesta por doce hombres. La comandancia de Valencia con sede en Arrancapinos estaba dirigida por el capitán Salamanca. Todos los efectivos contaban con el apoyo de guardias del pueblo de Santa Cruz de Moya para guiarlos por el monte.

Un total de 600 guardias civiles, 100 somatenes y los guardias rurales se concentraron en la aldea de Losilla de Aras, a unos cinco kilómetros del cerro, bajo el mando del comandante de Landete, don Ramón Jiménez Martínez, aunque siempre estuvo en contacto directo con el general Pizarro, que seguía la operación desde su puesto de mando.

Jiménez Martínez mandó a los de Cuenca acercarse al cerro por la ladera derecha, donde estaban situados los retretes del campamento.

Los de Teruel subieron por el lado izquierdo para atacar desde la entrada por la cocina, y los de Valencia ocuparon el lado frontal. El campamento estaba constituido por una docena de tiendas en las que se podían alojar cuatro guerrilleros en cada una de ellas. Aquella noche estaban en el campamento unos 15 maquis.

Durante los días anteriores, los enlaces de la Guardia Civil detectaron un gran movimiento de personal. En realidad, había llegado al lugar una partida desde Francia acompañando a Gervasio. Entregaron armas, munición y ropa a los guerrilleros, proponiéndoles guiarlos de vuelta a los Pirineos. Sólo los acompañaron Brígida, la mujer de Evaristo, que habían pasado el último mes en aquel lugar, y dos guerrilleros más. Los demás se negaron en redondo a abandonar la lucha. Marchó sólo Brígida porque Evaristo se iría un mes más tarde hasta Toulouse, donde lo esperaría su esposa, debido a que estaba preparando junto a Roberto y Amparo la reorganización del equipo en la ciudad tras la detención del Feo. El Menda era el único del grupo que quedaba, y tenían que definir la estrategia a seguir en la búsqueda de nuevo personal y el establecimiento de los objetivos a alcanzar. El antiguo inspector de policía conocía a bastantes veteranos compañeros del cuerpo y a guardias de asalto como para intentar llevarlos a la causa republicana.

Roberto y Amparo habían encontrado cobijo en una masía de la zona, donde pasaban buena parte del día. La finca, cerca de Benagéber, estaba atendida como casero por un enlace de la Guerrilla. Los dueños eran de Valencia, pero en esas fechas vivían en Zaragoza y le habían hecho a José Luis, como así se llamaba el enlace, un contrato de mediero, ya que los amos no se acercaban ni a la matanza, ni la vendimia, ni tan siquiera para las fiestas del pueblo. Cada lunes, Amparo y el inglés se acercaban al bar de Queco, a la salida de Utiel, para entrevistarse con Evaristo y el Menda. El uno venía desde Cerro Moreno y el otro pasaba el fin de semana en casa de su hermana en Camporrobles. El Menda les informaba de las novedades en la ciudad, y entre los cuatro elaboraban un plan de estrategia para la semana entrante. El lunes siete habían quedado a las seis de la tarde.

Laski, Justino y Cubano marcharon también con los venidos de Francia el martes anterior para acompañarlos hasta la sierra de Javalambre y entregar a los de esa zona más armas y material, así como la oferta de abandonar el país.

La memoria pérdida

Evaristo supo que iba a morir allí. Intentaría aguantar lo máximo posible hasta la llegada de Amparo y Roberto. Cuando no los vieran en la puerta del bar, sabrían que algo iba mal y no caerían en la trampa.

— ¿Cuál es la contraseña para indicar a los otros dos que pueden reunirse con vosotros? —preguntó el capitán.

— No sé de qué me estáis hablando, esto es un atropello —contestó el antiguo inspector para, después, dirigirse a Carlos—. Me conoces bien y sabes que yo no haría nada ilegal.

— Entonces, ¿por qué te has escapado de casa con tu mujer? —le preguntó—. Os hemos pillado cometiendo un delito de alta traición a la patria y de lealtad a mi familia. Mi padre logró vuestra salida de la cárcel y lo habéis pagado asesinando en el monte a gente inocente.

— He visto esta mañana a ése —dijo, señalando al capitán— disparando a la nuca y por la espalda a un chaval de dieciséis años que se estaba rindiendo. Eso sí que es el asesinato de un inocente.

— Todos vosotros vais a morir o a manos de la Guardia Civil o frente a un pelotón de fusilamiento –contestó Salamanca–. Esta mañana te has salvado, pero ahora puedes elegir: morir deprisa mientras intentas la fuga o terminar a manos de esos dos que te están agarrando y retrasarán tu final de tal manera que encontrarás una liberación cuando marches hacia el Altísimo. Te conmino, ¿cuál es la contraseña?

Los dos matones le doblaron los brazos haciéndole creer que iban a sacar los huesos del sitio.

— No hay ninguna contraseña –contestó en un suspiro.

Al escuchar la respuesta, el capitán alzó la mano, pero se detuvo.

— Ponedlo en una mesa al lado de la ventana –ordenó a los guardias–. Cuando vengan los dos que faltan, quiero que lo encuentren esperándolos.

Evaristo fue a levantarse para ir a la mesa, pero Carlos lo retuvo.

— Ha obedecido muy deprisa, mi capitán, creo que la contraseña es otra. Una vez quedé con él en un bar y me dijo que si lo encontraba esperándome fuera es que la cosa iba bien. Si lo pillaba dentro debería abortar la entrevista.

— Entonces, lo más lógico es que estuvieran esperando los dos bandidos en las mesitas que hay en la acera –dijo Salamanca.

El guardia civil se quedó cavilando durante unos momentos.

— Carlos –dijo al fin–, ve al corral y coge la guerrera del maquis muerto. Tenéis la misma complexión y los dos sois morenos y con una buena mata de pelo. Si te levantas el cuello de la pelliza, podrás dar el pego, por lo menos desde lejos.

El militar se dirigió a Evaristo con una mueca de repugnancia.

— Y tú, ten cuidado con tu señorito. Hace un momento le ha metido una bala en la frente al bandido que está en el corral sin pestañear.

Eran poco más de las seis y media de la tarde y los otros dos no tardarían mucho en llegar.

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin el empeño y ánimo que mi mujer me dio durante todo el proceso de escritura, cuando lo escribí en los meses que estuvimos aislados al inicio de la pandemia del COVID19, alentándome en todo momento y siendo la primera y mejor correctora de cada capítulo y a mis hijos, mis incondicionales lectores.

También es de justicia agradecer a una serie de personas que leyeron el manuscrito con un provechoso espíritu crítico y cuyas aportaciones han sido valiosísimas a la hora de corregir los muchos defectos en los que incurrí. En especial a mi amiga y sobrina Chus Ruiz de la Torre. Los documentos de nuestra familia que me cedió sirvieron de base argumental en algunos trasuntos de esta novela (las frases en cursiva de varios capítulos son copia literal de los documentos que me dejó) y a mi amigo Óscar Hernández Campano, cuyas inestimables correcciones al manuscrito original lo mejoraron sustancialmente.

También debo mostrar mi más sincero agradecimiento a MacDiego por su diseño para la portada de este libro.

Valencia, noviembre de 2023

